



**JOSÉ ENRIQUE
RUIZ-DOMÈNEC**

**ESPAÑA,
UNA NUEVA
HISTORIA**

EDICIÓN AMPLIADA

RBA

© José Enrique Ruiz-Domènec, 2017.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2017.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO137

ISBN: 9788490569009

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

INTRODUCCIÓN

EL MUNDO CLÁSICO (211 A. C.-711 D. C.)

1. 211 A. C., LA FECHA Y EL HECHO
2. EL VIEJO CONFLICTO (209 A. C.-129 A. C.)
3. LAS HUELLAS DE ROMA (129 A. C.-409 D. C.)
4. FUGAS SOBRE LOS VISIGODOS (409-711)

EDAD MEDIA (711-1492)

5. 711, LA FECHA Y LOS HECHOS: LA INVASIÓN ÁRABE-BEREBER Y GUADALETE

6. UNA TIERRA, DOS PUEBLOS, DOS HISTORIAS (711-985)
7. VIENTO EN LA MESETA (985-1085)
8. UN ESPEJO CON DOS CARAS (1085-1212)
9. 1212-1213, DOS FECHAS Y DOS HECHOS: LAS NAVAS DE TOLOSA Y

MURET

10. LA VARA DEL MUNDO (1213-1295)
11. SENDEROS QUE SE BIFURCAN (1295-1369)
12. EL GRAN SIGLO (1369-1474)
13. LA FORJA DE UN ESTADO DINÁSTICO (1474-1492)
14. 1492, LA FECHA Y EL HECHO: LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS

EDAD MODERNA (1492-1808)

15. DEL BUEN DESEO A YUSTE (1492-1556)
16. UNA ÉPOCA PROMETEDORA (1556-1609)
17. 1609-1614, LAS FECHAS Y EL HECHO: LA EXPULSIÓN DE LOS MO-

RISCOS

18. ORNATO DE UN IMPERIO (1609-1648)
19. EL DEBER DE UN MONARCA (1648-1688)
20. PASAJE AL ESTADO NACIONAL (1688-1713)
21. 1714, LA FECHA Y EL HECHO: EL 11 DE SEPTIEMBRE EN BARCELO-

NA

22. LOS SENDEROS DE LA UNIFICACIÓN (1715-1759)
23. EL REFORMISMO IRRESISTIBLE (1759-1789)
24. ENTRE LAS SOMBRAS DEL MAÑANA (1789-1808)
25. 1808, LA FECHA Y EL HECHO: EL 2 DE MAYO EN MADRID

EDAD CONTEMPORÁNEA (1808-1948)

- 26. LA MATRIZ ROMÁNTICA (1808-1868)
- 27. EN MEDIO DEL DILETANTISMO (1868-1898)
- 28. 1898, LA FECHA Y EL HECHO: SOBRE LA GENERACIÓN DEL 98
- 29. EL PROGRESO IMPERFECTO (1898-1923)
- 30. SIN UN LUGAR PARA ESCONDERSE (1923-1936)
- 31. 1936, LA FECHA Y EL HECHO: 17, 18 Y 19 DE JULIO
- 32. ALREDEDOR DE LA GUERRA CIVIL (1936-1948)

ÉPOCA ACTUAL (1948-2017)

- 33. ITINERARIOS DEL FRANQUISMO (1948-1978)
- 34. LA HECHURA DEMOCRÁTICA (1978-2008)
- 35. VIVIR EN EL DESFILADERO (2008-2017)

EPÍLOGO

LECTURAS RECOMENDADAS

A
LUIS GARCÍA-RIVERA, IN MEMORIAM,
Y
A MICHAEL DAY

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

No podemos concebir lo nunca soñado.

RICHARD WILBUR

Con este libro me propuse captar correctamente la historia de España en una época proclive al acoso político sobre ella. Nació de una sostenida convicción y de una confiada esperanza. Tengo la convicción de que el propósito del historiador profesional consiste en interpretar el pasado conforme a reglas y consensos internacionales depositados en una rica bibliografía, en la que priman la pluralidad y la ponderación sobre el dogmatismo y la intemperancia verbal; y tengo la esperanza de que la sociedad del siglo XXI volverá a interesarse por la historia como disciplina narrativa. Por eso, antes de que se dirima el significado de los hechos pretéritos, es preciso (obligado, incluso) saber lo que ocurrió, en qué orden y con qué resultados. Esa es la verdadera tarea de quien hace historia.

Al respecto, en 2012, el distinguido historiador inglés sir John H. Elliott, al publicar un robusto elogio a la tarea del historiador con el título *History in the Making* (*Haciendo historia* en la versión española, de Marta Balcells, para Taurus), afirmaba con absoluta convicción: «La buena historia

seguirá dependiendo, como siempre ha dependido, de algo más que acumulación de información y despliegue de conocimiento. La aproximación de todo historiador al pasado viene condicionada por su temperamento y experiencia personal, pero ningún historiador es una isla y la sabiduría se adquiere, al menos en parte, de la lectura y reflexión sobre la obra de historiadores pasados y presentes, y participando conscientemente en una empresa colectiva que abarca generaciones y está comprometida con lograr una mejor apreciación tanto del mundo que ya ha desaparecido como del mundo tal como lo conocemos hoy en día».

Cuando lees afirmaciones tan juiciosas como esta de un insigne y altamente reputado historiador, te asalta la pregunta de qué ha pasado para que semejante sabiduría no llegue a las aulas universitarias en esta era de incertidumbre, como diría John Kenneth Galbraith. Porque tengo la desagradable sensación de que, en los últimos años del siglo xx, en España se ha educado a generaciones de jóvenes desprovistos de referencias comunes sobre lo que ha sido, y es, una historia compleja, pero muy rica en matices, a veces sin duda dramática y otras épica, pero sólida y llena de identidad. La consecuencia más palmaria es que se ha debilitado la conciencia crítica indispensable para el buen uso de las obligaciones ciudadanas en una sociedad abierta, que necesita el recurso de la democracia como forma de gobierno. Sorprendido por esta circunstancia, y tanto más confundido debido a que durante estos años la historia ha estado presente en todos los debates sociales, me percaté del peligro que supone el creciente analfabetismo histórico, la tendencia a citar el pasado desde la ignorancia.

Tras comprobar de qué modo se amañan los hechos, o la inclinación a delirantes genealogías políticas o personales, me dispuse a poner orden en un inmenso material. Controlé la información tanto como el modo de hacerlo, ya que hacer historia es mucho más que reunir un montón de información. Trabajé en la convicción que me inculcó hace algunos años Georges Duby de que un libro de historia mal escrito es un mal libro de historia. Fijé los detalles y precisé los calificativos, en la línea que marcaron algunos grandes maestros de ayer y de hoy, desde Tucídides a Gibbon, desde Polibio a Burckhardt, desde Guicciardini a Elliott. A menudo lo convencional es una forma adecuada para construir un buen relato.

En ese momento se desvelaron las nociones de principio y fin que dan sentido a la presente (y muy ampliada) edición. Principio en cuanto inicio de la narración en un momento concreto de la historia de España, alejándome así de la tentación de los orígenes de la que hablaba Marc Bloch; en este caso, cuando Publio Cornelio Escipión llega a la península Ibérica en 211 a. C. con un mandato del Senado de Roma. Hubo una revelación entonces para la historia de una geografía llamada Hispania, vale decir, España: a partir de entonces todo lo que en esa geografía se hizo, o se dejó de hacer, está especialmente ligado a este concepto de revelación, cuya realidad sustancial buscó con denuedo Américo Castro y calificó sorprendentemente de «enigma histórico» su oponente, el gran medievalista Claudio Sánchez-Albornoz. Lejos del esencialismo, Manuel Lucena ha propuesto el concepto de alto valor interpretativo de comunidad emocional en su bello libro *82 objetos que cuen-*

tan un país: una historia de España maravillosamente construida a través de sus objetos más significativos, desde un hacha prehistórica a la bien conocida bombona de butano. Con el fin de lograr su meta, y vaya si lo logra, el libro acepta la idea de Hans Ulrich Gumbrecht de «experimentar mundos que existieron antes de nuestro nacimiento», como sin duda debe hacerse.

Luego está la cuestión del fin. Aquí la historia acaba cuando lo hace la escritura, justo en la primavera de 2017, con la sensación de que, tras unos años de intensa demolición del concepto España, su propia historia está a punto de transformarse. Hay fuerzas profundas que incitan a hacerlo, con una contumacia semejante a la que los pueblos ibéricos tuvieron ante los romanos. Algunos estamos llegando a la conclusión de que se puede alcanzar un momento catastrófico singular que convierta el fin de esta narración en un fin ontológico. Mi compromiso moral me exige estar atento a esta posibilidad del inmediato futuro, desde mi campo de observación forjado en los valores de un universalismo coherente. Mi postura es, por tanto, la de un cosmopolita ante los valores nacionalistas. Me inquieta comprobar la satisfacción de los gobernantes ante el triunfo de la mistificación que falsifica el pasado. No puedo afrontar la tercera navegación de mi vida con la sensación de un naufragio en ciernes en el lugar donde vivo. Veo triunfar la sumisión de la sociedad, incluso a través de elecciones libres. Sobre eso, el historiador debe decir algo.

Este libro se publicó por primera vez en febrero de 2009 en la editorial Gredos con una notable y buena acogida de público y crítica. Poco después, en abril del mismo año, se

hizo una segunda edición para responder a la demanda del mercado. Una excelente reseña de Miguel Ángel Villena en el diario *El País* contagió a otros medios de comunicación. Hubo entrevistas en radio y televisión. Una nueva edición se hizo en tapa dura bajo el sello RBA en noviembre. Luego pasó las vicisitudes de todo libro de ensayo, comentarios, olvido y, de nuevo, comentarios. Hoy es un libro buscado. Por eso he querido hacer una cuarta edición renovada y ampliada con tres capítulos, como me exigían algunos periodistas, y de ese modo he podido completar el relato de principio a fin.

París, febrero de 2017

ESPAÑA, UNA NUEVA HISTORIA

No pretendo que mi obra disipe toda clase de dudas en quien la haya entendido perfectamente, pero sí en su mayoría y las más graves. El sensato no me exigirá ni esperará que cuando yo aborde un tema lo agote, ni que, al comenzar la explicación de tal o cual alegoría, apure todo cuanto al respecto se ha dicho.

MAIMÓNIDES

En la luz verdadera,
¡oh Clío gloriosa!,
el vuelo alterna y arde mariposa,
mientras le ofrece a mi dulce pluma,
de obras de tanto actor, pequeña suma,
que si le das inspiración entera,
alas al genio mío
suspenderá Genil su cristal frío,
y de los siglos la estación postrera
aplaudirá mi canto en su ribera.

PEDRO SOTO DE ROJAS

INTRODUCCIÓN

Por mitigar en parte esta sed que tengo de celebrar y ensalzar mi patria.

LUIS ZAPATA

«Mejor que él no había nadie en la nación de España». Así concluía, a principios del siglo xv, Gutierre Díez de Games la biografía de Pero Niño, conde de Buelna, que había llevado una vida de caballero andante, vestido con una armadura blanca de placas articuladas y una celada con visera de «cara de perro». Fue el más valiente en las justas y en los torneos, venció a los piratas del Mediterráneo y galanteó a las damas en París sin que nadie censurara sus actos porque desde joven tuvo un sueño, ser como un héroe de novela; gesto que aún evocó Carlos V mientras se dirigía a Mülhberg para dirimir en el campo de batalla la verdad de la causa católica frente a la verdad de la causa luterana. Los atavíos de gala que el elegante Niño había llevado consigo en todos sus viajes, en previsión de una hipotética aventura amorosa, como entonces se decía, fueron posibles gracias al desarrollo de la economía mercantil. Pero el futuro de las redes del comercio internacional, de las que él ignoraba casi todo, no interesaba a Niño, quien, como tantos otros hombres de su tiempo, el otoño de la Edad Media, vivía

convencido de que la riqueza dependía del éxito en las fiestas caballerescas.

¿Hasta qué punto, a comienzos del siglo XXI, compartimos el orgullo de Gutierre Díez de Games sobre la nación de España? ¿Acaso muchos de nosotros no tenemos la percepción inquietante de que ese sentimiento está a punto de desaparecer para siempre? Jamás en mi juventud pensé que un día llegaría a formularme estas preguntas. Han tenido que pasar muchas cosas (planes de desarrollo, huelgas, manifestaciones, cambio de régimen, atentados), para que me armara de valor y me enfrentara con España como tema de un libro de historia. Las solventes investigaciones de los últimos treinta años invitan a pensar que estamos bien informados; aunque la especificidad cultural y la herencia étnica tienen mayor resonancia en los medios de comunicación y despiertan mejores sentimientos que los conceptos España y españoles que, desde mediados del siglo XIII hasta la primera mitad del siglo XX, inspiraron las alianzas emocionales e intelectuales de escritores como Desclot, López de Ayala, Pérez de Guzmán, Miquel Carbonell, Luis Zapata, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita, Mateo Alemán, Cervantes, Quevedo, Cadalso, Masdeu, Lafuente, Maragall, Ganivet, Unamuno, Altamira, García Lorca, Ortega, Bosch i Gimpera o Madariaga. Esta actitud indica que la explosión de la información sobre nuestro pasado ha venido acompañada de una implosión del significado de la historia.

Ahora bien, tiempo tendré en la última parte de este libro de opinar sobre la situación política creada por el debate sobre esta actitud, demasiado viva en la actualidad, si nos atenemos a las tertulias radiofónicas y a los artículos de

opinión en los diarios de mayor audiencia; ahora solo quiero recordar el tono con el que se aborda cualquier asunto referido a España y a su historia, un tono inquisitivo sobre los motivos personales detrás de una investigación determinada, aunque sea sobre el precio del pan en el siglo XVIII. Un ambiente así afecta a los historiadores de mi generación, quienes hemos cargado con el peso de un gran cambio político del que, sin embargo, no hemos sido responsables, ni en su planteamiento ni en su resolución; y es que nos tuvimos que despojar de una vieja historia apresada en un estudio sin matices de las instituciones y de los acontecimientos, para formarnos en el oficio de las escuelas internacionales de la *nueva historia*, interesadas en la vida económica y social, en la mentalidad colectiva o en los efectos de la literatura y el arte en el comportamiento de la gente; es decir, nos educaron en una dirección y la vida nos empujó hacia otra, más cosmopolita y más crítica, pero que ha perdido la tensión espiritual con la que había comenzado en la década de los sesenta. Pero nada nos fue regalado: hemos tenido que pagar por ello un alto precio. En silencio, hemos visto cómo la historia ha perdido protagonismo a favor de un sucedáneo llamado ciencias sociales. Todos nosotros somos testigos cada año del fracaso escolar de centenares de buenos muchachos aturcidos frente a libros de texto que poco tienen que ver con el conocimiento de la historia de España, tal como se ha entendido desde que Alfonso X empezara su crónica.

Tamaño dislate en la casa de la historia, una sobreestimación de la corrección política llevada hasta el absurdo, ha afectado, como no podía ser de otro modo, al nivel educa-